

Yamil Maldonado Pérez

I.

La noche enrarecida
no conculca ya con su hemisferio.
El silencio pulula hiriente,
la navaja engavetada se corroe.
¿Qué de la sangre
cuando corre llaga abierta
cuesta abajo envainando los metales?
Aviva el rito,
devuelve el filo muerto a su intemperie;
ya no canta
ya no nutre,
te agigantas.
Se colma el vaso.

Aire frío para un pulmón alado,
respira alto y vuela, ensolecida
cae,
Ícaro buscando nombrar la caída,
de hacer correr el viento, de provocar la brisa,
y aliviar el calor para siempre.
La pluma tienta su merced de sombra libre.
Donde fui Carne soy Árbol
creciéndonos
en el estiércol
fértil de la risa
que vuelve tenue
sobrecogedora de
manantiales. El hueso esto
anuncia:

Cuecen el barrunto cuando llueve.

II.

«Esto vi sobre la tierra
fértil» El amor de mi
madre deshojando su
racimo oculto,
criatura lapidaria labrándome la
runa desde una gruta chiquita.
Entonces el frío, la fiesta en la montaña.
El aire de la noche cerrando el manto
azul, como se bebe de un tuétano
profundo,
y lo apaga.

Quien
rompiera su alabastro con las alas torcidas entre lianas,
va arrastrándose por la inmensidad del horizonte,
develando al pie de la página
un vaho tormentoso escamando serpientes.

Su hálito estridente ruge
mudo. Ruge mudo su
colmillo, supurando niebla
de su aureola ensimismada.

Así se hermanan las nébulas:
Extendiendo una mano de azabache,
tornasolándose, como una pluma
negra para el rito del sol;
despidiéndose con sándalo
humeante su madrugada
madriguera.

Embiste contra la puerta de mi cuarto,
suspirada la dimensión de su
pentáculo; dejando inscrito en la pared
« ¡Enardece mi
potencia, mi piel se
llama fuego! »

Soy el tercer punto
que constituye el horizonte,
esperando que la sangre llegue al
mar.

III.

*...tome un lienzo, al azar, pálido o
rojo, y, al teñirlo con sangre el
iracundo verá cambiarse el misero
despojo en un trapo que asombre a
todo el mundo.*

El trapo, Pachín Marín

Deja el verso florecer
silvestre. Que de flores,
espinas retollen,
así cuando llenes tus manos de
flores pagarás con sangre la cosecha.
Pero bien,
de ti nace la espina, de ti la
sangre y la belleza

como quiera tu mente: andara,
nervios despleantes, la corola.
La materia del velo ya se
pudre.
El velo este, hecho de sombras
y sólo la luz en vocación
redentora se adentrará, incólume,
en ti.
Excita tus iones hasta el resplandor
de la vida que nos aguarda tras la muerte.

Aprendo todo esto, día tras día,
cuando los gatos me ofrendan
lagartos
que sin fallo entierro en un mar de yerba bruja.
Allí donde nace el resorte que arremete
contra la noche fría de la pálida azucena,
llorando su corola de exequias.
Seré yo
el que me devuelva
contigo, a tu lado,
a la porfiria intermitente del
imperio, retornando al espejo de la
aurora
un paño de sangre, ondulando.